

APROXIMACION AL MUNDO DE LAS ABEJAS EN LOS AUTORES GRECOLATINAS

Avelino DOMINGUEZ GARCIA

Como todos los pueblos mediterráneos, griegos y romanos practicaron la apicultura y alcanzaron un gran dominio de la técnica apícola. Prueba de ello son los numerosos tratados¹ que sobre esta ciencia o arte, ligada siempre a la agricultura, nos han dejado.

El interés por las abejas estaba motivado, no tanto por razones idílicas o bucólicas, sino fundamentalmente económicas. La producción de miel, además de necesaria, resultaba rentable. Su consumo era muy abundante en los pueblos antiguos del área mediterránea: En sí misma era un producto culinario básico y además constituía la base de la repostería ya de la industria conservera. No menos importante eran sus cualidades terapéuticas en la práctica diaria de la medicina. Por su parte, la cera, otro producto de la colmena, tenía unas aplicaciones infinitamente más amplias que en la actualidad, que iban desde la iluminación a la medicina.

En cuanto producto básico de consumo -y nada barato, por cierto- era natural que cualquier granja o explotación agrícola, por pequeña que fuese, contara con un colmenar para el abastecimiento de las propias necesidades domésticas. Existían, lógicamente, grandes productores de miel con un número muy elevado de colmenas, que llegaron incluso a practicar la transhumancia² con el fin de aprovechar las floraciones de lugares a veces distantes entre sí. Eran estos "mayoristas" quienes abastecían los mercados de ciudades como Roma.

La importancia económica de la miel está, pues, en la base del interés que la cultura mediterránea ha mostrado siempre hacia estos insectos. Sin embargo, la abeja y su producto más relevante, la miel, reúnen una serie de características realmente únicas, dentro de lo que podríamos denominar "cabaña al servicio del hombre".

Probablemente ningún otro animal ha ejercido sobre los humanos una fascinación

1. Estos tratados, a los que me referiré a lo largo de estas líneas, son los siguientes:

ARISTOTELES, *Historia Animalium*, 5, 21-22; 8, 11, 14, 27; 9, 40. Edic. "Les Belles Lettres". París, 1969.

CLAUDIO ELIANO, *Historia animalium*, 1, 9, 10, 11, 58, 60; 2, 53; 5, 10-13; 15, 7; 17, 35. Traducción de J.M. Díaz Regañón. Edit. Gredos. Madrid 1984.

COLUMELA, *De Agricultura*, Lib. 9. Col. Loeb 1968.

ISIDORO, *Origines*, cortos extractos correspondientes principalmente a 12, 8; 20, 2-3, 10-13, 36. Edición bilingüe a cargo de J. Oroz Reta y M.A. Marcos Casquero. Edit. B.A.C. Madrid 1983.

PALADIO, *Opus Agriculturae*, 1, 37-38. Edic. "Les Belles Lettres". París 1976.

PLINIO, *Naturalis Historia*, principalmente 116, 41-49; 22, 50-55. Edic. "Les Belles Lettres". París 1970.

VIRGILIO, *Georgica* 4, Traducción de Lorenzo Riber. Edic. Aguilar, Madrid 1967.

VARRON, *De re rustica*, especialmente 3, 16, 20-38. Col. Loeb. 1979.

Las traducciones que presentó de estos tratados, son mías, salvo los casos indicados aquí arriba, y realizadas expresamente para este artículo.

2. Cf., entre otros, COLUM., 9, 4.

tan poderosa. Entre otras razones, quizás porque el hombre nunca ha controlado más que mínimamente su actividad. A diferencia de la vaca, la cabra, la oveja, el caballo, el cerdo o la gallina, que en las granjas dependen totalmente del hombre, las abejas en el colmenar tienen una dependencia relativa, mostrándose siempre dispuestas a “volar” y a recobrar su total independencia. Además, el hombre no parece haber entendido definitivamente su comportamiento, complicado siempre a causa de su tamaño diminuto, su número incontrolable, su “sabia” organización “social”, la estructura casi perfecta de su obra, su eventual agresividad y peligrosidad, la exquisitez de sus productos, lo misterioso de su origen, de su reproducción y de su comportamiento... Todo ello contribuyó, desde tiempos remotos, a acrecentar en el hombre la admiración, el respeto e incluso el temor hacia este insecto, tan familiar, por otro lado.

Las ventajas que nos reporta, unidas a la ignorancia sobre su modo de vida, supusieron para el hombre un hechizo tal que acabaron por formar parte del mundo fascinante de la mitología. Sirvan de ejemplo los mitos griegos de Melisa³ y de Aristeo⁴. Estos dos mitos nos presentan a las abejas como un producto excepcional y milagroso, que terminan por ser, no obstante, algo “natural”. Tanto en la leyenda de Melisa como en la de Aristeo, el poder de los Dioses es el punto de partida. Virgilio asocia estos insectos a la divinidad en el marco de una doctrina panteísta y las hace dignas de una metamorfosis a la hora de la muerte, convirtiéndolas en estrellas, privilegios reservados a héroes y semidioses: *Por estos signos y observando estas acciones, afirmaron algunos que reside en las abejas alguna porción de espíritu divino y como un efluvio de la etérea esencia, pues la divinidad, arguyen, lo penetra todo, tierras, mares y el profundo cielo, y que de ella, al nacer, sacan sus tenues vidas los hombres, los ganados y toda suerte de animales, y allá vuelven, en fin, todas las cosas, cuando se descomponen en sus elementos primitivos, y que no hay lugar a la muerte, sino que vuelan vivas a acrecentar el número de los astros y a remontarse al soberano cielo*⁵.

El primero de los mitos mencionados es el de Melisa. Era Melisa una sacerdotista de Deméter⁶, diosa de la fertilidad y de la fecundidad en su sentido más amplio. Demeter inició a Melisa en el conocimiento de sus misterios iniciáticos, reservados, como su propio enunciado indica, a un número reducido de personas. El pueblo llano aspiró siempre a participar en tales ritos o misterios, acceso rechazado, como es lógico, por la minoría que los guardaba celosamente. Acuciadas por este deseo, unas cuantas mujeres vecinas de Melisa, deseosas de conocer los arcanos de Demeter, es decir, de acceder a los secretos de la riqueza y del poder, pidieron a Melisa que les revelara los misterios. Ante la pertinaz negativa de la sacerdotista, le dieron muerte y la despedazaron. Deméter, encolerizada por la violación de que había sido objeto su sacerdotista y su culto, envió una peste terrible que diezmo la población y, simultáneamente, hizo brotar del cuerpo de Melisa muerta grandes enjambres de abejas.

La nobleza, la categoría social y moral de Melisa se manifiestan en la nobleza y categoría de los animales en los que su cuerpo descompuesto se metamorfoseó.

3. El nombre de Melisa es sinónimo, a la vez, de abeja y miel, ya que en griego *mélissa* o *mélitta* significa ambas cosas. Para más información, ver LACT., *Inst. Div.*, 1, 22, y SERV., *Ad Aen*, 1, 430.

4. Para más información sobre este pasaje, cf. VERG., *Georg.* 4, 317 ss.

5. VERG., *Georg.* 4, 219-227.

6. La diosa griega Deméter es identificada por los romanos con Ceres, cuyos atributos son similares.

Leyenda similar a la de Melisa, si bien más larga y compleja, es la de Aristeo. En este mito, sin embargo, las abejas, ya preexistentes, reaparecen o se reproducen de modo milagroso. En este caso el cuerpo del que proceden es el de un animal, el toro, evidentemente no tan noble como el cuerpo de la sacerdotisa de Deméter; aunque no es menos cierto que se trata de un animal especialmente dignificado por la religión, sobre todo en el ámbito mediterráneo. Este es, resumido, el contenido de la leyenda que Virgilio⁷ nos cuenta en una larga tirada de 241 versos: el pastor Aristeo, hijo del Dios Apolo y de la ninfa Cirene, sufrió en cierta ocasión la pérdida de sus colmenas a causa de una misteriosa enfermedad. Acongojado por la pérdida, acudió a su madre en demanda de la razón de su desgracia. La madre le aconseja que acuda a un célebre adivino, el también marino Proteo, quien podrá descubrirle el origen de su desgracia. Tras “hacerse de rogar” mucho tiempo, Proteo revela al joven pastor que ha sido víctima de la ira de Orfeo, el ilustre músico, quien por culpa de Aristeo había perdido recientemente a su querida esposa, la bellísima Eurídice. En efecto, Eurídice había sido acosada amorosamente por Aristeo y, mientras escapaba de sus brazos, pisó una víbora oculta bajo la hierba, la cual se revolvió contra el pie que la había pisado, causando la muerte de Eurídice. Ahora Orfeo, privado de su compañera, se vengaba de Aristeo, privándolo a su vez de la parcela más querida de su huerto, las abejas.

Si Aristeo quiere recuperar las abejas, ha de aplacar previamente a la sombra de Eurídice. Más, ¿cómo congraciarse con la difunta esposa de Orfeo? Cirene, la madre de Aristeo, se lo indica: Ha de elegir cuatro toros de noble estampa y otras tantas novillas que no hayan sido sometidas al yugo y ha de sacrificarlas sobre otros tantos altares, de acuerdo con ciertos ritos, y al amanecer del noveno día ha de volver al lugar del sacrificio y hacer ofrendas al dios Apolo. Aristeo cumple puntualmente el rito descrito por su madre y, cuando al noveno día regresa al bosque donde había efectuado el sacrificio, sus ojos contemplan atónitos un prodigio que lo deja estupefacto: *Por las entrañas de los bueyes, todas podredumbre, las abejas hervían y zumbaban por el intersticio de las costillas, y se elevaban en inmensas nubes, y, alcanzando la copa de un árbol, colgaban de las ramas flexibles en forma de racimos*⁸.

Tanto la leyenda de Melisa como, sobre todo, la de Aristeo, resaltan el carácter divino y milagroso del origen de las abejas. Ambas leyendas registran una de las hipótesis sobre el origen de las abejas, que, aunque mítica y poética, es citada y nunca descartada categóricamente por los tratadistas de apicultura griegos y latinos⁹. Lo que resulta chocante es que tal nacimiento milagroso a partir de las entrañas putrefactas de los toros o del cuerpo despedazado de Melisa, contradice frontalmente la opinión extendida entre los apicultores antiguos, de que las abejas no soportan los malos olores ni a las personas malolientes. En efecto, *la abeja -dice Aristóteles- es el único insecto que no se acerca a nada podrido y que se alimenta exclusivamente de cosas de jugo dulce...*¹⁰. Sin embargo, la creencia es tan arraigada que todavía media docena de siglos después es registrada por S. Isidoro¹¹.

El carácter milagroso de las abejas y, consecuentemente, de la miel, hace que am-

7. Cf. VERG., *Georg.* 4, 317-358.

8. VERG., *Georg.* 4, 555-8.

9. Cf. COLUM., 9, 14, entre otros autores.

10. ARIST., *Hist. Anim.*, 8, 11.

11. Cf. ISID., *Orig.*, 12, 8, 2.

bas se encuentren en la órbita de la divinidad. Abejas y miel, en efecto, aparecen asociadas nada menos que a Zeus, el rey de los dioses, quien en una cueva de la isla de Creta, donde pasó su niñez, se alimentó con la leche generosa de la cabra Amaltea y con la riquísima miel de los bosques de la isla. No cabe duda de que el aprecio que el pueblo griego tenía por la miel fue lo que indujo a incluirla en la dieta del rey del Olimpo, cuando era niño.

Idéntico aprecio hallamos en los pueblos de la cuenca mediterránea, especialmente en el pueblo hebreo, según se desprende de las reiteradas alusiones bíblicas a los "ríos de leche y miel"¹², como expresión del sueño supremo de placer y buena alimentación de los pueblos próximos del desierto: leche procedente de las cabras, principalmente y miel procedente asimismo de las abejas, si bien tampoco de modo exclusivo¹³.

El aprecio de los pueblos primitivos por la miel queda manifiesto en el honor de que goza este manjar, al hallarse en la mesa de los dioses del Olimpo, donde el néctar se confunde con la miel¹⁴ y con la ambrosía. La excelencia exigida a la dieta divina hace que los poetas caigan en la indefinición -comprensible- de términos como "ambrosía" y "néctar", cuya composición y origen, evidentemente imaginativos, están, no obstante, íntimamente asociados al vino dulce de gran calidad y, sobre todo, a la miel y al polen de las abejas¹⁵.

Al estar asociadas a la divinidad algo de divino se les "pega", y así las abejas participan de algunas cualidades exclusivas de los dioses, aparte la suprema dulzura. Es una de ellas el poder de adivinación, la capacidad de revelar y predecir a los humanos el futuro en relación con las alteraciones del clima. En efecto, los apicultores antiguos, aunque desconocían las razones del comportamiento instintivo de las abejas con respecto a los cambios de tiempos, observaban cuidadosamente tal comportamiento y su relación con los cambios atmosféricos. Los resultados del certero instinto de las abejas los indujeron a atribuir a tan noble insecto esa parcela de la sabiduría divina, que consiste en conocer con antelación tal futuro y comunicarlo, a su manera, a los hombres¹⁶.

Más no sólo preanuncian el clima futuro. Se contaba de Platón que, anda más nacer, un enjambre de abejas se posó sobre la boca del niño y, sin causarle daño alguno, le infundieron la sabiduría divina o -lo que es lo mismo- la dulzura de la miel. Desde aquel día, de la boca de Platón fluían las palabras dulces como la miel. La sabiduría aparece confundida con la dulzura, lo divino se confunde con la miel y el operar de la inteligencia de Platón queda asociado al modo sabio y certero de operar de las abejas. Pocas veces un elogio tan sencillo resulta tan elocuente. Después de Platón, al menos dentro del mundo clásico, sabiduría y dulzura son sinónimos -dentro de un contexto- y las palabras del sabio son dulces porque son sabias, es decir, divinas.

12. Cf. *Ex.*, 3, 8; 13, 3. La miel simboliza lo mejor de la Agricultura -en opinión de los padres jesuitas que comentan la Sagrada Escritura (B.A.C. Madrid 1967)- porque no se refiere únicamente al producto de las abejas, sino al jugo riquísimo de frutos, como dátiles o racimos, hervidos hasta convertirse en líquido concentrado o jarabe, que los árabes conocen hoy con *dibs*.

13. Además de la miel de abeja, los pueblos antiguos, especialmente los de zonas desérticas, apreciaban otros tipos de miel, particularmente la "miel de caña", consistente en una especie de rocío que se depositaba sobre los árboles y arbustos durante las horas previas al amanecer. Algunos han identificado el "maná" de que habla la Biblia con esta clase de miel.

14. Cf. VERG., *Aen.*, 1, 430 ss., donde se habla del "néctar de las abejas", refiriéndose, evidentemente, a la miel.

15. Cf. ISID., *Orig.*, 20, 2, 36.

16. Cf. ARIST., *Hist. Anim.*, 9, 40.

Aunque no fuera esa la intención principal de los poetas, tanto la leyenda de Melisa como la de Aristeo intentan responder a una pregunta, para la que los apicultores antiguos no tuvieron respuesta: ¿Cómo se reproducen, cómo nacen, de dónde salen las abejas? Tal interrogante se planteó sobre todo en épocas prehistóricas, cuando aún no se practicaba la apicultura "intensiva", sino que, más que apicultores, existían cazadores o recolectores de la miel silvestre, que de modo espontáneo e incontrolado era producida por abejas salvajes en los bosques o en los campos. Es evidente que a aquellos recolectores les preocupaba únicamente la miel y poco o nada el modo de reproducción de las abejas. Quizás pertenezca a este momento de la historia y de la apicultura la asociación de los cuerpos putrefactos con el nacimiento de las abejas, similares, por otro lado, al atribuido a otros insectos muy próximos a ellas, como son las avispas y las moscas¹⁷.

Y no es sólo el poeta Virgilio quien recurre a estas leyendas, cuyo rendimiento estético es indudablemente superior a la fría verdad experimental, sino que todos los tratadistas de apicultura, no sólo citan la putrefacción como origen, sino que ninguno se atreve a refutarla, por más que tampoco se adhieran claramente a ella. La verdad es que ni griegos ni romanos tuvieron las ideas claras respecto a la génesis de estos insectos.

Una concepción sociológica y antropológica preconcebida -el sistema patriarcal- parece haber mediatizado cualquier explicación: el dirigente de la colmena -hoy día "la reina"-, por ser de mayor tamaño y ser, evidentemente, el epicentro de la colmena, no puede ser hembra -esto ni se lo plantean-; es un macho, el macho, es decir, el rey, el Jefe, el guía de todas las abejas (*rex, dux, hegemon*). Una sociedad organizada -y la de las abejas lo es, y ¡en qué modo!- había de estar gobernada por un macho, jamás por una hembra.

Una vez sentado este principio, cualquier afirmación no puede extrañarnos. La "evidencia" -no siempre fácil al tratarse de insectos- de la observación es desmentida y desvirtuada en aras de este principio, que en buena "lógica" a nadie se le ocurrirá cuestionar. Cualquier contradicción puede y debe obviarse con tal de hacer cuadrar las piezas del rompecabezas, falseado ya *ab initio*. Y, sin embargo, ni Aristóteles, ni Plinio, ni Columela, eran fanáticos religiosos o políticos intransigentes, sino honrados "hombres de ciencia". En cualquier caso, el ejemplo de las Amazonas, con sus bases sociales feministas, no dejó nunca de verse como algo legendario, excepcional y atípico; como aquello anormal que confirma la regla.

Romanos y griegos hablan, pues, no de la reina, sino del rey o jefe, de un macho muy bello y corpulento, que ordena, manda y dirige las labores de la colmena. Sentado este error, la vida de la colmena será descrita en función del rey, no de la reina. Las complicaciones, los equilibrios lógicos y científicos para explicar lo inexplicable, serán constantes. Más, en medio de las vacilaciones inevitables, el hecho de la masculinidad del *dux* o *hegemon* es incuestionable. Tal vez el más completo cuadro a este respecto es el que nos ofrece Plinio el viejo en su *Naturalis Historia*, en un párrafo en el que el naturalista romano no deja de plantearse razonables dudas, a las que no acaba de dar respuesta: *El modo de reproducción de las abejas ha sido una cuestión muy sutil y debatida entre los entendidos, porque nadie ha visto nunca el coito de las abejas. Numerosos autores opinan que las crías se forman en la boca de las abejas con flores escogidas y combinadas adecuadamente; algunos creen que son generadas todas gracias al coito*

17. Cf. ISID., *Orig.*, 20, 8, 3-17, especialmente los párrafos 3 y 11.

de una sola, que recibe el nombre de rey en todos los enjambres y que está dotado de una corpulencia superior, precisamente para que no desfallezca; aseguran que sin éste no hay prole y que el resto de las abejas lo acompañan como hembras al macho, no como a su jefe. Sin embargo, esta opinión, aparentemente buena, se ve rebatida por el nacimiento de los zánganos. ¿Cómo explicar, en efecto, que de un mismo emparejamiento nazcan unos seres perfectos y otros imperfectos? La primera opinión parecería más cercana a la verdad; pero tropezamos con otro problema: A veces, efectivamente, nacen en los panales del fondo de la colmena unas abejas más corpulentas, que ponen en fuga a todas las demás. Esta plaga recibe el nombre de "oestrus" (tábano). Ahora bien, ¿cómo es posible que nazca, si son las propias abejas las que lo forman? Lo que sí conocemos con certeza es que incuban al modo de las gallinas. En su primera fase, la cría presenta el aspecto de un gusano blanco, acostado de través y de tal forma adherido que parece una parte más de la propia cera. El rey, en cambio, nada más nacer, tiene el color de la miel, como si estuviera formado por toda clase de flores selectas, y no se parece lo más mínimo a un gusano, sino que aparece ya con las alas. El resto de las abejas, cuando empiezan a tomar forma, reciben el nombre de ninfas, lo mismo que los zánganos reciben el de sirenas o "cephenes"¹⁸.

Como se aprecia, Plinio ronda la verdad, pero los prejuicios desbaratan incluso la propia crítica a que somete las opiniones ajenas.

Más riguroso -aunque sin dejar de ser confuso- había sido Aristóteles, al hablar del mismo tema: *En cuanto a la reproducción de las abejas, no todos opinan lo mismo. Dicen unos que las abejas no engendran ni se aparean, sino que traen sus fetos de otro lugar. Aseguran algunos que los toman de la flor del cilantro, otros que de la caña, otros incluso que de la flor del olivo, aduciendo como prueba de ello que, cuando la cosecha de aceitunas es copiosa, también son muy abundantes los enjambres. Otros dicen que de una de las sustancias mencionadas las abejas toman los fetos de los zánganos, mientras que los fetos de las abejas son engendrados por los reyes: uno, el mejor, es de doble color rojo; el otro es negro y moteado. Su tamaño es el doble de una abeja obrera. Tienen la parte bajo el coselete aproximadamente la mitad más larga que el resto, y hay quienes les llaman madres, como si fueran las que engendrarán, aduciendo como prueba que los fetos de los zánganos aparecen incluso cuando no hay rey, mientras que los de las abejas no. Y otros, finalmente, aseguran que las abejas se aparean y que los machos son los zánganos y las abejas las hembras*¹⁹.

Y poco más adelante añade: *La colmena perece si no hay un número suficiente de reyes; no tanto porque sean anárquicos, sino porque los reyes contribuyen a la reproducción de las abejas*²⁰.

La confusión se acentúa si escuchamos a Gil de Zamora²¹, un franciscano del s. XIII, quien en una obra de carácter naturalístico recoge un texto atribuido a Aristóteles y que dice así: *Entre las abejas, lo mismo que entre los demás animales de cuerpo anu-*

18. PLIN., *Nat. Hist.*, 11, 16.

19. ARIST., *Hist. Anim.*, 5, 21.

20. ARIST., *Hist. Anim.*, 5, 21.

21. GIL DE ZAMORA (1240-1318), es un franciscano, autor de numerosas obras de variada temática, todas en latín, entre las que destaca una *Historia Naturalis*, obra de carácter enciclopédico y ordenada alfabéticamente, de cuya edición crítica y traducción me he ocupado en los últimos años, con la colaboración de Luis García Ballester. La obra está actualmente en prensa.

loso, el macho es de tamaño inferior al de la hembra. La hembra del jefe suele doblar el tamaño de la mejor abeja²². Ahora bien, ¿a quién llama “hembra del jefe”? ¿A quién llama “jefe”? Para embrollar más las cosas, Gil de Zamora, citando otra fuente que parece inspirarse también en Aristóteles y en Plinio, dice así: *Dicen que mientras el jefe de las abejas está vivo, los machos permanecen dentro con las hembras... La colmena funciona mejor cuando en su interior hay pocos machos, pues entonces las abejas se muestran más activas*²³.

Este texto contradice, en cierto modo, al anterior: deja sentado que los zánganos son los machos, pero no queda tan claro que se comporten como tales. Está claro que ni griegos, ni romanos, ni medievales, supieron cómo encajaban en el rompecabezas estos “machos”. Son unos parásitos que no sirven para nada, como dicen todos los tratadistas; son incluso un estorbo y comen de lo que no han trabajado. El término español “Zángano” recoge -con bastante benignidad- la idea que de él tuvieron los apicultores de Grecia y de Roma.

Resumiendo semejante confusionismo digamos que la reina es el “macho-rey”, que las abejas son “hembras que no se aparean”, y que los zánganos son “machos que no ejercen como tales” de unas hembras que son “vírgenes”. ¡Pocas veces encontramos juntas tantas contradicciones! Y resultado de esta confusión es el más que confuso origen de las abejas, que puede resumirse en las tres hipótesis ya aludidas: nacen de cuerpos en corrupción²⁴; las engendra el rey-macho; son el producto de la sabia elaboración de flores escogidas, como proponía Plinio (al principio del primer texto citado).

De tal amalga sólo queda aclarar una cosa: el jefe es macho y es el quien manda en la colmena. No podía esperarse que un romano o un grupo o un grupo pensara de otra manera.

En la aplicación de conceptos o modos de obrar típicamente humanos a otros campos, resulta evidente en los diferentes tratados clásicos de apicultura el afecto y la admiración por el insólito mundo de las abejas.

La colmena se describe como un modelo a seguir, calcado de antemano de la organización social humana, idealizada convenientemente. Funciona como una sociedad casi perfecta, al estilo humano, si bien tampoco está exenta de problemas y complicaciones. Existe una férrea organización jerárquica, con un rey a la cabeza; hay una disciplina típicamente castrense; la organización y división del trabajo es digna de la más pura socialización y división del trabajo; la solidaridad es intachable. A pesar de todo ello, no carece de puntos débiles, entre los que hay que citar el problema “generacional”, las luchas intestinas y, por supuesto, los enemigos externos.

Todo este conglomerado constituye un reflejo, una extrapolación de lo humano, que nos es devuelto, como la luz reflejada por el espejo, y se nos presenta en estado casi puro a los hombres, a modo de pautas de conducta a seguir. La ignorancia sobre muchos aspectos de la vida de estos insectos, el afecto no desinteresado con que son miradas y la imaginación, hacen que, lo que surgió como un calco de nuestra sociedad, nos sea devuelto como un modelo independiente y autónomo, dotado de una “inteligencia” superior, en parte, a la humana. Para muchos autores la lección moral de las abejas es un fru-

22. GIL DE ZAMORA, *Historia Naturalis*, voz Apes.

23. GIL DE ZAMORA, *Historia Naturalis*, voz Apes.

24. Esta teoría la recoge ISIDORO en *Orig.* 12, 8, 2.

to infinitamente más dulce que la propia miel. Hasta el punto de identificar coloquialmente abeja con trabajo y ahorro.

El esquema jerárquico de la colmena es muy simple: uno manda, los demás obedecen. La autoridad del rey es, ante todo, moral y aceptada de buen grado por todas las abejas. Hasta tal punto que no necesita el respaldo del aguijón: nunca lo usa. Por lo cual algunos autores dudan incluso que lo tenga: ¿Para qué lo va a tener, si no lo necesita ni lo usa? (Si no existe una función, sobra el órgano). Se asemeja el rey, tal como sugiere Plinio²⁵ y también Gil de Zamora citando a San Ambrosio²⁶, a un padre que rara vez castiga a su hijo, sino que le reconviene con ternura. A cambio de tan dulce ejercicio de la autoridad por parte del rey, las abejas le prestan una protección continua y total: a cualquier sitio que va, allí está un pelotón de abejas que lo protege e incluso lo oculta totalmente a la vista de los extraños, para que su seguridad sea completa. El rey, como corresponde a su dignidad, está permanentemente rodeado de *lictiores* (la palabra es del romano Plinio, en el lugar citado) que le dan escolta ininterrumpidamente fuera de la colmena. Si el rey se cansa de volar, las abejas lo sostienen sobre sus hombros; si cae extenuado por la fatiga, lo transportan tendido (como si se tratara de un enfermo en una camilla); si detiene el vuelo, allí se instalan los reales. A cambio, el rey conoce y convive con su pueblo, inspecciona continuamente los trabajos y anima a las obreras en su labor. ¿Dónde hay una compenetración mayor o igual de un monarca con sus súbditos? No es extraño que San Ambrosio²⁷ llame la atención de los soberanos terrestres, para que imiten el comportamiento de sus homónimos de la colmena.

La disciplina y el orden en el interior de la colmena ofrece algunas similitudes con un convento, pero sobre todo con un campamento militar romano. Los propios términos con que se designa al rey (*dux, rex, hegemon*) presentan evidentes connotaciones castrenses y designan al general en jefe que manda las tropas. Como campamento o castillo que es, la colmena tiene permanentemente apostados a las puertas varios centinelas, que controlan las entradas y salidas y evitan que penetren ladrones o enemigos.

Cuando dos grupos de abejas se enfrentan por cualquier motivo, el rey de cada bando recorre activamente las filas de su respectivo ejército, arengando a sus huestes para la batalla²⁸. Como buen soldado, la abeja lucha contra sus enemigos y defiende la miel y la colmena hasta la muerte, si es preciso, pues, aun “sabiendo” que al clavar el aguijón perderá junto con él también la vida, no duda en atacar con furia. Es, finalmente una abeja, la que, haciendo de corneta o trompetista, da con su zumbido la orden de acostarse para dormir y, por la mañana, la orden de levantarse para comenzar las tareas cotidianas. Entre ambos toques reina el silencio²⁹: el descanso es obligado y merecido después de un día fatigoso.

Sin embargo, a pesar de estos detalles típicamente militaristas, -en los que, por otro lado, todos los autores cargan las tintas a placer- la colmena se asemeja más, tal como la describen, a una gran factoría moderna, en la que la división del trabajo es un hecho y cada obrera realiza su función con precisión casi mecánica. En el interior de la colmena, unas limpian, otras elaboran la cera, otras (entre éstas incluso los zánganos) in-

25. Cf. PLIN., *Nat. Hist.*, 11, 17-18; y también ARIST., *Hist. Anim.*, 9, 40.

26. GIL DE ZAMORA, *Historia Naturalis*, voz Apes.

27. AMBROSIO, *Hexaameron* citado por GIL DE ZAMORA, *Historia Naturalis*, voz Apes.

28. Cf. PLIN., *Nat. Hist.*, 11, 18.

29. Cf. ARIST., *Hist. Anim.*, 9, 40 y cf. PLIN., *Nat. Hist.*, 11, 10, entre otros autores.

cuban los nidos de los pollos o crías. Fuera de la colmena, unas acarrear jugos de flores, otras agua, otras materiales para la construcción o reparación de las colmenas, y todas éstas, al volver cargadas a la colmena, son recibidas y asistidas por otras compañeras que les ayudan a despojarse de la carga³⁰.

Y, si equitativo es el reparto de las cargas y trabajos, no menos equitativa es la comida, igual para todas. Según asegura Plinio³¹, es una preocupación constante en la colmena que no se produzcan desigualdades e injusticias ni en el trabajo ni a la hora de comer. La igualdad es ejemplar. Al igual que en toda sociedad justa, las cargas más pesadas son realizadas por las más fuertes³². Así, son las jóvenes las que se encargan de salir a buscar comida, luchando contra el viento, la lluvia y los numerosos enemigos externos; mientras que las viejas se ocupan de las tareas caseras, entre las que destaca la confección de la miel, tarea a la que aportan su experiencia y buen hacer.

Y, como si de una sociedad humana se tratara, *las crías, nada más ver la luz, se ponen a trabajar con sus madres, para aprender el oficio*³³. La extrapolación de lo humano no puede ser más evidente. Con la mejor intención del mundo, Plinio, al igual que los demás autores, olvida algo tan importante en la conducta animal, como es el instinto, que no necesita aprendizaje. Y no es por que no lo sepa, evidentemente. Se trata de un modo de hablar metafórico o, más bien, de una sublimación: renuncia a la perfección innata del instinto por la tierna imperfección del aprendizaje humano, asistido por la madre. La admiración y el afecto hacia estos insectos entrañables no pueden ser más conmovedores.

Mas, como cualquier sociedad, la colmena tiene también sus problemas. Y no es el menor de ellos el choque generacional. Los viejos tienen fama de poco flexibles, cabezones y desconfiados respecto a la juventud. En la colmena no iba a ser de otra manera: *...porque las abejas viejas -dice Columela- constituyen como un senado y no acatan las órdenes de las más jóvenes y, por despreciar de manera contumaz el imperio de las más fuertes, sufren castigo e incluso la muerte*³⁴.

Tampoco a los jóvenes les gusta mucho la morada paterna, donde gozan de todas las comodidades, sino que se muestran inquietos por hacer su vida y conseguir la independencia de sus "progenitores". Por eso, *conviene tener muy sobre ojo al enjambre... no sea que escape... Y, cansado de la vivienda paterna, intente marchar lejos*³⁵.

A veces, como en el caso de los romanos y los sabinos, tienen que convivir, por razones diversas, varios pueblos en un mismo reino, o varios grupos sociales en una misma ciudad. La cosa entonces no es fácil. Tampoco lo es cuando, por razones de subsistencia, el apicultor ha de juntar dos o más colmenas en una sola, para evitar que se pierdan todas. En tal caso, para que se mantenga la paz entre los diferentes grupos, hay que matar al rey del enjambre procedente de otra colmena, como si se tratara de un pueblo extranjero³⁶. Al leer estas palabras, parece como si Columela, a quien corresponde esta alusión, tuviera en su mente la historia de Rómulo y Tito Tacio, quienes, tras la

30. Cf. ARIST., *Hist. Anim.*, 9, 40.

31. Cf. PLIN., *Nat. Hist.*, 11, 10.

32. Cf. ARIST., *Hist. Anim.*, 9, 40.

33. PLIN. *Nat. Hist.*, 11, 16.

34. COLUM., 9, 11.

35. COLUM., 9, 12.

36. COLUM., 9, 13.

unión de sus pueblos -romano y sabino respectivamente- en uno sólo, el de los *Romani* o *Quirites*, decidieron reinar juntos. La prematura muerte de Tito Tacio, en beneficio de Rómulo, no debió suponer para éste último ningún trauma emocional serio. En la colmena tampoco lloran todas cuando un rey muere. En efecto, *cuando el rey de las abejas viejas... muere a causa de la vejez, suele producirse en las abejas jóvenes un problema similar al de la familia en la que, al morir el señor, se relaja la disciplina*³⁷, y muchas se van en busca de nuevos lares.

Aunque dentro de la colmena la vida suele transcurrir tranquila y apacible, no faltan, como vemos, sobresaltos y momentos de tensión entre sus propios moradores. Un foco continuo de problemas son los zánganos, que casi siempre, por una razón o por otra, sobran o estorban, además de no ser útiles para nada, salvo para ayudar a empollar las crías. Los zánganos son unos vagos parásitos que no producen miel, no trabajan ni colaboran en nada, salvo en lo dicho, y además comen más que cualquiera otra abeja. En momentos de escasez de provisiones, su vagancia y glotonería es castigada hasta con la pena de muerte. Así, por lo menos, nos lo asegura Aristóteles³⁸. Otro tanto dicen los demás autores, entre ellos Plinio y Virgilio.

Eventualmente, incluso, la colmena puede declararse en "estado de emergencia", cuando algunos intrusos habituales (gusanos, mariposas, abejas de otra colmena, o las llamadas abejas "ladronas") logran penetrar en ella e intentar comerse y llevarse la miel que no les pertenece³⁹. Resulta entonces natural que el apicultor, para defender sus intereses, acuda en ayuda de las abejas de sus colmenas, por lo que éstas le quedarán eternamente agradecidas y, por supuesto, se verá libre de sus picotazos, aunque les quite parte de la miel. El agradecimiento, una de las cualidades más nobles del espíritu humano, no podía estar ausente en este paradigma modélico que son los diminutos habitantes de la colmena.

Los humanos también sabemos lo que es el agradecimiento. A cambio del don precioso de la miel, hemos elevado a las abejas hasta las alturas de la dignidad humana; más aún las hemos hecho un poco parecidas a lo que suponemos que deben ser los dioses y partícipes con ellos de algunas cualidades típicamente divinas. Es mucho lo que nos dan; pero no es poco lo que a cambio les devolvemos... si pudieran comprenderlo: escuchemos, si no, las hermosas palabras con las que Plinio comienza su breve tratado de apicultura:

Entre las diferentes clases de insectos, las abejas ocupan el primer puesto y provocan justamente nuestra mayor admiración; porque solamente ellas han sido creadas por causa del hombre. Las abejas recolectan la miel, ese jugo dulce, tan fino y saludable, fabrican los panales y la cera, que tiene multitud de aplicaciones, soportan la fatiga, realizan diversas tareas, forman un estado, tienen sus propias asambleas, sus propios reyes, y -lo más extraordinario- se rigen por unas costumbres exclusivamente suyas y constituyen un tipo de insectos que ni es manso ni agresivo. La naturaleza es tan sublime que, de algo que apenas es la sombra de un animal, ha hecho algo maravilloso. ¿Qué músculos o qué fuerza son comparables con la habilidad y el ingenio de las abejas? Y, si no fuera por la razón, en lo que evidentemente son inferiores, ¿qué hombres serían superiores a ellas, que no tienen nada que no sea común? No planteamos la

37. COLUM., 9, 12.

38. Cf. ARIST., *Hist. Anim.*, 9, 40.

39. Cf. ARIST., *Hist. Anim.*, 9, 40.

cuestión del alma. Y admitiendo que tienen sangre, ¡qué cantidad de ella tendrán unos animales tan diminutos! Juzguemos en consecuencia su ingenio⁴⁰.

Creo que estas palabras de Plinio resumen perfectamente la actitud y el modo de pensar de casi todos los griegos y romanos con respecto a las abejas. ¿No es esto mismo lo que sentimos nosotros, cuando prescindimos de los escasos conocimientos científicos que en esta materia nos separan del romano Plinio?

40. PLIN., *Nat. Hist.*, 11, 4.